

acompañados del acto utilísimo de conservar el Gobierno verdaderamente nacional, impidiendo así—como tiene que reconocerlo S. S.—que franceses y traidores, derrocando al Gobierno legítimo, consumasen el atentado á nuestra soberanía patria; é impidiendo también—como el mismo Sr. Bulnes lo ha reconocido en “El Verdadero Juárez”—que, á la hora del triunfo sobre invasores é infidentes, quedáse la Nación sometida á la anarquía.

Para finalizar su pretendida réplica, agrega todavía el Sr. Bulnes las siguientes palabras: “Por otra parte hay una desigualdad en los hombres frente al sufrimiento moral; hay señoritas que lloran, pierden el sueño y la mitad de su peso por ver morir á su canario favorito, mientras que Napoleón I no se conmovió causando la muerte de más de un millón de hombres por la metralla y el sable. No es posible quitar las estatuas de Napoleón I de sus pedestales, para colocar en ellos á las niñas que sufren por la muerte de sus canarios. Por último, Juárez pertenecía á una raza que no conoce el sufrimiento moral.”

Marcaremos desde luego que la desigualdad mencionada por S. S. viene á corroborar lo afirmado anteriormente por mí, respecto de los hombres de gabinete ó de campo, y es por lo mismo contraproducente para S. S.

Sería tan cansado como innecesario repetir, respecto de las jóvenes sentimentales que lloran la muerte de sus canarios, lo que acabo de decir refiriéndome al sinnúmero de madres cuyos hijos han muerto de manera trágica; pues en ambos casos se trata de penalidades de carácter privado, sufridas por personas de condición particular, por lo que dichos casos no son de la incumbencia de la Historia. Y no hago hincapié en lo trivial del sentimentalismo traído á colación tan descabelladamente en el nuevo ejemplo del Sr. Bulnes, porque, si esa es causa sobrada para no erigir estatuas á las románticas señoritas de referencia y, por ende, para no substituir con ellas ninguna estatua, ya

sea la de Napoleón ó la de Jeremías; si no hago hincapié, repito, en lo trivial de ese sentimentalismo es porque, cuando se trata de personajes históricos, lo trivial de sus sufrimientos no es óbice para que la Historia deje de considerarlos, aunque justamente los califique de ridículos. La Historia ha recogido las lamentaciones de irrisoria sensibilidad napoleónica, conservadas en el memorial de «Santa Elena;» y las ha recogido para comprobar el refinado egoísmo de aquel ambicioso que, cuando se trataba de sufrimientos ajenos, era un insensible que sacrificaba sin comoverse á más de un millón de hombres; y, cuando se trataba de sí mismo, tornábase en un hiperestésico, á quien hacía sufrir, no sólo la pérdida del trono y del poder, sino hasta la nimia circunstancia de que el Gobernador de la isla jamás le diera el tratamiento de *Majestad*. Agravio tan trivial cuanto infundado, pues Bonaparte jamás había sido reconocido como Emperador por Inglaterra, ni aun en los días de su mayor prosperidad.

Sí, es cierto que—como dice, aunque inoportunamente, S. S.—«no es posible quitar las estatuas de Napoleón I de sus pedestales, para colocar en ellos á las niñas que sufren por la muerte de sus canarios.» Pero también es cierto, y váyase lo uno por lo otro, que es igualmente imposible hacer caer sobre las cabezas de esas piadosas niñas la terrible execración lanzada por la Historia sobre el perjuro del 18 Brumario, sobre el asesino del Duque D'Enghien, sobre el opresor de todos los pueblos, en una palabra, sobre la inhumana ambición de un gran perverso!

El Sr. Bulnes recurre, por último, á decir que Juárez pertenece á una raza que no conoce el sufrimiento moral. Este principio es absurdo en sí, pues, en la forma absoluta que le da S. S., equivale á negar en los indios todo afecto de corazón, aun respecto de sus padres, de sus esposas ó de sus hijos, y los correspondientes sufrimientos morales ocasionados por la ausencia, por la enfermedad ó por la

muerte de seres tan queridos. Pero aun reduciéndolo, para volverlo verdadero, á los ocasionados por una refinada sensibilidad moral; aun así, el principio expuesto por el Sr. Bulnes resultaría falso en su aplicación; pues, no por ser indios, sino por ser incultos é ineducados, es por lo que dejan de tener los hombres á cuya raza perteneciera Juárez, el indicado refinamiento de sensibilidad moral. Como la casi totalidad de los indios carecen por completo de toda cultura, tórnase generalmente, aunque con manifiesta impropiedad, por atavismo indígena, el heredismo correspondiente á la simple rudeza de sentimientos; pero, bajo este orden de ideas, puede decirse que Juárez, nacido indio, dejó de serlo cuando, gracias á su educación latina, pensó, habló y sintió como los mexicanos de sangre española. Incapacitar á Juárez para el sufrimiento moral porque nació indio, es tan absurdo como suponer, atendiendo á su origen, que fué en la Presidencia, el representante de una raza con aspiraciones especiales y con genuinas reivindicaciones, imposibilitadas en absoluto por el transcurso del tiempo y por el avance de la civilización.

Examinada y rebatida detenidamente la réplica del Sr. Bulnes y dejando marcadas de manera inconcusa las penalidades sufridas por Juárez y sus compañeros, puedo ya pasar á compararlas con las del personal de nuestra Legación en Washington.

Respecto de penalidades materiales, las sufridas por los Sres. Mariscal y Romero, en su viaje de San Luis Potosí á Matamoros, resultan insignificantes si se las compara con las sufridas por el Presidente y sus Ministros en su travesía por los desiertos de Coahuila y de Chihuahua. Fuera de las correspondientes al mencionado viaje, no tuvieron otra alguna los Sres. Romero y Mariscal; pues en vez de residir en poblaciones como Paso del Norte, donde era imposible, ni aun á fuerza de dinero,—cosa que faltaba á los triunviros—proporcionarse comodidades, ellos vivieron en ciuda-

des como Washington y Nueva York, superiores, bajo este punto de vista, á nuestra misma capital. Y es lo más curioso del caso, que el Sr. Bulnes, que para conceder á los caudillos mayor mérito que á Juárez, recurrió al expediente de los sufrimientos materiales, se lo conceda también á los Sres. Romero y Mariscal, de quienes sí puede decirse, repitiendo las palabras del mismo Sr. Bulnes, que en los Estados Unidos siempre durmieron en buena cama, disfrutaron de buena mesa, se tonificaron con delicados vinos, y tuvieron al alcance de sus enfermedades notables médicos y recomendables medicinas.

Subiendo de estas penalidades á las de orden moral fácilmente se comprende que las de carácter público tienen que haber sido, en los Sres. Romero y Mariscal, muy inferiores á las del Presidente y sus Ministros; ya por carecer de la responsabilidad de aquellos; ya por presenciar á distancia el descuido, la torpeza, el desaliento y la cobardía que minaban nuestra causa; ya por no ser el blanco de las intrigas, las envidias y las asechanzas que rodeaban al Supremo Gobierno.

Respecto á las de índole privada, los Sres. Romero y Mariscal no sufrieron como los triunviros, la amarga separación de la familia, sino que, á más de vivir en compañía de parientes bien cercanos—Romero al menos—ambos gozaron en tierra americana de plácido noviazgo y de subsecuente matrimonio. No vieron, por tanto, como Don Benito y mi Padre, terriblemente incierto el porvenir de sus esposas y de sus hijos; no se hallaron, como mi Padre en el Saltillo, enfermos de gravedad y próximos á sucumbir, sin tener el consuelo de mirar, en torno á su lecho de muerte, á los seres más queridos de su corazón, á su esposa y sus hijos; ni tuvieron tampoco la pena de saber, como mi Padre que su familia se hallaba expuesta á los atropellos oficiales de franceses y traidores, ni la pena inmensa de ver realizado ese atropello en uno de sus hijos, como lo viera mi Pa-

dre, cuando el once de Mayo de 1867, durante el sitio de Méjico, O'Horan cometió el salvaje atentado de enviar á una trinchera, á mi hermano mayor por el simple hecho de ser el hijo de un gran patriota. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Cuando el Juez militar, que instruía el proceso de O'Horan pasó á casa para tomar la correspondiente declaración á mi señora madre y la preguntó que pedía contra el acusado, contéstole mi madre: "Nada. Hace tiempo que he perdonado al señor."—"No esperaba yo otra cosa—dijo O'Horan ligeramente conmovido—de la hermana de mi inolvidable amigo el valiente Pepe Calderón.

## EL INCIDENTE DE ANTON LIZARDO

Y

EL TRATADO Mc. LANE-OCAMPO.